

Pascua 6C
John 14:23-29

Rvda. Leslie Núñez Steffensen
1 Mayo, 2016

Problema en el Texto

Otra vez estamos mirando de nuevo, en la temporada de la Pascua, a lo que pasaba en la cena final según el evangelio de San Juan. Me interesa que San Juan recordó con gran detalle lo que había dicho Jesús a sus seguidores en su última hora con ellos – antes de que se fuera a su pasión y antes de su muerte en la cruz. Lo que destaca a mí y lo que me gustaría que consideremos de este pasaje evangélico, es cómo Jesús dio su paz a sus discípulos. Fijémonos en la situación de la última cena – Jesús les dijo a sus amigos que el fin venía. Judas Iscariote se acabó de salir de la habitación y se fue a la oscuridad de la noche a traicionar a Jesús. Jesús ya lo sabía todo de lo que iba a pasar, pero no respondió con ira o con temor. Jesús respondió a la situación con sus palabras sobre los temas de amor, de amistad, de paz. Sabemos, como gente cristiana que han oído la cuenta muchas veces, que la historia continuara con el sufrimiento, la angustia, la ansiedad, traiciones, en fin la muerte de Jesús. Y no paraba el sufrimiento después de la resurrección – según el libro de los Hechos, San Lucas recordó que las vidas de los apóstoles eran llenos de la encarcelación, el rechazo del mundo, y muerte por el martirio. Se plantea la pregunta: ¿qué es "la paz" de la que habló Jesús aquella noche? ¿Qué persona en su sano juicio desea o acepta esa oferta de tal paz? Aquella noche, Jesús dijo a sus discípulos antes de su pasión y toda que iba a venir, "Les dejo la paz. Les doy mi paz..." Al mundo parece que estamos hablando de locura.

Problema en el Mundo

Jesús continuó, y dijo, "pero no se la doy [la paz] como la dan los que son del mundo." ¿Qué es la paz del mundo? Creo que tenemos un indicio a la paz del mundo en la historia de cómo se comportaban los discípulos mientras Jesús estaba encarcelado, esperando su juicio bajo la ley de los religiosos y de la gobierna romana. Tenemos en el evangelio la negación de Pedro – que era la historia más condenable porque Pedro era el líder de los otros discípulos y lo amigo más cerca de Jesús. Pedro cayó a la tentación de buscar la paz del mundo – del instinto de conservación de sí mismo. Se negó a Jesús para que no fuera condenado por ser su compañero. Se negó a Jesús para que no sufriera ningún dolor del cuerpo. Se negó por temor - a conservarse de un futuro desconocido al lado de su Señor. Tenemos como seres humanos la tentación, la trampa, del instinto de la conservación a nuestros mismos. Tenemos la realidad de somos seres que no nos gusta sufrir. Fuimos hechos así, como un parte del mundo. Es parte de la nuestra naturaleza. El instinto de conservación no es necesariamente una mala cosa. Estamos formados a aprender que no queríamos dar un paso delante de un autobús móvil.

Que queramos permanecer con la vida, en lo menos razón biológica que debemos seguir a cuidar de nuestros hijos, a continuar la generación sucesiva. La paz del mundo es cuidar a nuestra salud; a fortalecer nuestros nidos por pasos buenos en mejorarnos por desarrollar habilidades y por educación; o contemplar nuestras opciones financieras y planear bien por el futuro. Esos son ejemplos de conservación de sí mismo. El problema es cuando ponemos nuestra confianza en la seguridad del mundo, cuando esos pasos de conservación toman el lugar en nuestro corazón que pertenecemos a Dios. Lo que nos conservería durante la vida en el mundo no va a darnos la salvación y la vida eterna del reino que viene.

La Gracia en el Texto

La buena nueva es que podemos oír el evangelio entero de San Juan. Vimos a la escena de la cena final mientras sabemos la gracia de la resurrección, como el pueblo de la Pascua. San Juan escribió su evangelio con la idea de que seríamos los fieles, una generación que hubieron oído de la resurrección y que leería su cuenta de que pasaba en la vida de Jesús – sus hechos y sus palabras el testimonio de quien era el Hijo de Dios. Con ese entendimiento, podríamos oír en el discurso final de Jesús según San Juan el mensaje que por los discípulos fue imposible entender: de la confianza y de la paz en medio del horror que empezó aquella noche.

Jesús dijo a sus discípulos, “Les dejo la paz. Les doy mi paz, pero no se la doy como la dan los que son del mundo. No se angustien ni tengan miedo.” Confundidos, los discípulos no podrían darse cuenta de la última frase “no se angustien ni tengan miedo.” Yo no sé si Jesús sabía que sus esfuerzos a darles a ellos su paz eran inútiles. Tengo la sospecha de que si, que lo sabía él. ¿Qué dijo Jesús a los discípulos la semana después, cuando les apareció a ellos, su cuerpo resucitado?

Según San Juan, “Los saludó, “¡La paz sea con ustedes!” Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Al ver al Señor, los discípulos se alegraron. (Juan 20:19b-20) Los discípulos recibieron la paz con alegría la segunda vez que oyeron el saludo desde la boca del Señor resucitado. Por fin, sabían la paz de su Señor.

La Gracia en el Mundo

¿Cómo sabemos esa paz, la paz del Señor, en nuestras vidas? Cuando oímos las palabras de Jesús a sus seguidores en la cena final, hay que acordarnos del sufrimiento de la pasión. Hay que realizar que la paz de Jesús es más grande de cualquier sufrimiento. No importa la situación, o cuanto miedo tenemos. Vamos a sufrir en el mundo, es parte de la vida. Hay que acordarnos de la paz que nos da nuestro Señor –que es la paz de la victoria de la resurrección. Es la paz que sobrepasa todo entendimiento.

En nuestra liturgia tenemos la ritual de compartir la paz. Cada domingo, en iglesias por todas partes del mundo, los cristianos saludan el uno al otro por un apretón de manos o un abrazo y estas palabras, “la paz del Señor sea siempre con usted.” No es simplemente un saludo. Es una acción que significa mucho a nosotros que viven como el Pueblo testigo a la resurrección.

Como el discurso de Jesús a sus discípulos en la cena final, estamos recordando a uno con el otro los temas de amor, de amistad, de paz en medio de un mundo que no nos da la paz verdadera. Cada abrazo es decir, “Hermano, por el amor de Jesús, persigamos.” O “Hermana, en Jesús eres amada y preciosa.” O, “Hermano, toma mi mano y acuérdate el Señor resucitó - que tenemos la promesa de la vida verdadera y eterna en Cristo – no hay nada que temer.”

A pasar la paz del nuestro Señor es para vivir de nuevo el momento Jesús apareció a sus discípulos y sentir otra vez su felicidad. Su señor había guardado sus promesas y todo estaba bien. “La paz del Señor sea siempre con ustedes.” Amen.